

Marta Rivera de la Cruz
Los tres cumpleaños
de los Pérez Fontán



Clínica
Universidad
de Navarra

LOS TRES CUMPLEAÑOS DE LOS PÉREZ FONTÁN

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores viola derechos reservados y está totalmente prohibida. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© 2014 Marta Rivera de la Cruz
© de la presente edición:
Clínica Universidad de Navarra
Avenida Pío XII, 36
31008 Pamplona, Navarra, España
www.cun.es

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: DIEGO FERMÍN
DISEÑO: ERREA COMUNICACIÓN
IMPRESIÓN: INDUSTRIAS GRÁFICAS CASTUERA
DEPÓSITO LEGAL: NA 1760-2014
EDICIÓN NO VENAL

MARTA RIVERA DE LA CRUZ

Los tres cumpleaños de los Pérez Fontán



Clínica Universidad de Navarra

LA casa de los Pérez Fontán es una de esas viviendas envidiables que salen en algunas películas con final feliz. Situada en el centro de Vigo, el mar está tan cerca que para olerlo basta con abrir una ventana, y como le da el sol desde que sale hasta que se pone, tiene mucha luz incluso en los días más sombríos del invierno gallego. Pero lo mejor de la casa no son las habitaciones luminosas, ni el brillo de la madera del suelo, ni la piedra majestuosa de la fachada. Lo mejor es que está enteramente ocupada por miembros de la familia, que viven en cuatro pisos con las llaves siempre colgadas en la puerta para que cualquiera pueda entrar y salir a su antojo. Chano y Dori en un piso con sus hijos, las hermanas de Chano en

otros dos con sus respectivas familias, la madre de Chano en el tercero, la de Dori con ellos... En la mañana de Reyes, el edificio de los Pérez Fontán es una pequeña locura de gritos por las escaleras que se suben y se bajan entre portazos y paquetes de una vivienda a otra. Todos se reclaman, “ven aquí a buscar tu regalo”, “ahora bajo yo”, “los niños vinieron a primera hora de la mañana”, y el jaleo acaba siendo tan grande que no es raro desayunar dos veces o perder la cuenta de los trozos de roscón que uno ha tomado. La casa es una casa feliz llena de gente que se recuerda cada día que tiene muchos motivos para estar agradecida al destino.

Pero la felicidad no es un estado vital, sino algo que va y viene. Y la vida, muchas veces, proporciona a la dicha treguas crueles que, a pesar de todo, sirven para enseñarnos cosas. Para aprender lecciones, aunque sean muy duras. Para mirar alrededor y pensar, una vez más, que la suerte es mucho más que tener una casa preciosa cerca del mar y una familia alegre que se llama a gritos por la escalera.

Los Pérez Fontán, Chano y Dori, aprendieron la primera lección en el otoño de 1986. José María, Jose, el hijo mayor, tenía entonces nueve años. Era un niño como todos los otros, un niño cariñoso y vivaz, al que le gustaba su colegio, sus amigos y que se volvía loco por acompañar a su padre a los rallies en los que Chano era piloto. Había empezado a conducir un kart, y no lo hacía mal. Jose empezaba a tejer sus sueños. ¿Y si un día llegaba a convertirse en piloto profesional? A los nueve años, los deseos nunca son descabellados, y él soñaba con ponerse un mono, un casco y volar por los circuitos internacionales.

Y entonces, aunque nadie es capaz de precisar el día, Jose empezó a llegar del colegio cada vez más cansado y más pálido, y a derrumbarse en un sillón antes incluso de pedir la merienda. Siempre había estado delgadito y no era muy alto para sus nueve años, pero ni Dori ni Chano le daban importancia: ya crecerá, decían. Hasta que José comenzó a entrar en casa como sin fuerzas, a perder el color, a arrastrar la mochila escolar como si estuviese llena de piedras. Lo

llevaron al pediatra, le hicieron análisis. Todo era normal, excepto que la velocidad de sedimentación de su sangre estaba un poco alterada. Nada preocupante, dijo el médico. Pero Dori y Chano empezaban a angustiarse, porque aquel niño cada vez tenía peor color, cada vez parecía más débil y más delgado. Cuando empezó a tener fiebre casi a diario no aguantaron más y pidieron una revisión más intensa, más exhaustiva. El primer escáner que le hicieron reveló que el pequeño tenía un tumor.

Un tumor en el riñón, le dijeron. Un tumor enorme, tanto que comprimía el hígado. Los médicos veían aquel escáner, aquel tumor, aquel niño pequeñito y pálido. Veían a aquellos padres y no sabían cómo decirles que aquello tenía muy mala pinta. Que con aquella masa monstruosa comprimiendo los órganos todo hacía indicar que a Jose podía no quedarle mucho tiempo.

¿Cómo se les dice a unos padres que su niño se va a morir? ¿Que se va a morir un niño que sólo pensaba en su próximo examen de matemáticas y en la prueba de karts que iba a correr en

unos días? ¿Que van a perder para siempre algo muy precioso, algo irremplazable?

Las informaciones que iban recibiendo aquellos días eran descorazonadoras. Nadie hablaba más que de cuidados paliativos. De proporcionar a aquel crío una vida lo más feliz posible y tratar los dolores que pudieran presentarse. Y Chano y Dori sentían que lo que les estaban entregando era una condena sin apelación no para su hijo, sino para la familia entera.

La casa dejó de tener luz, y empezaron a no encontrar motivos para abrir las ventanas buscando el olor del mar. La Navidad de 1986 fue la más triste de las vividas. Aunque todos intentaban disimularlo, las lágrimas se les escapaban al cortar el turrón, al poner un lazo a un regalo, al colocar las figuras del Belén. Jose, que cada vez se encontraba peor, sabía perfectamente que era por su causa. Sara, su hermana, no entendía nada, pero tenía la sensación de que algo había cambiado para siempre en aquel hogar en el que todo era perfecto.

Sin atreverse a decirlo en voz alta, Chano tenía una idea metida en la cabeza: por mucho que les asegurasen que no había nada que hacer, era imposible que en algún lugar del mundo no hubiese una persona capaz de curar a José María. El problema era encontrarlo. Eran otros tiempos bien anteriores a la era internet, que ofrece información sobre todo y en cuestión de segundos. Pero en los años ochenta había que limitarse a preguntar, a indagar, a que alguien tuviese un amigo que tenía un amigo... Fue lo que hizo Chano: contaba a todo el mundo lo que les pasaba, y a todo el mundo le pedía que pensase en Jose y en lo que le ocurría, por si alguien conocía a alguien que conociese a alguien... Y es que eso era lo único que podía hacer. Era su forma de pelea: preguntar, hablar, contar, compartir. Porque se negaba a resignarse. Porque no podía ver morir a su hijo sin antes buscar una oportunidad para él hasta debajo de las piedras. Y fue entonces cuando un médico les habló de la Clínica Universidad de Navarra.

Muchos años después, Dori y Chano reconocen que cuando les dijeron que en una clínica de Pamplona podía haber una oportunidad para Jose pensaron casi en una broma. Uno espera que le hablen de Madrid, de Barcelona, de Londres o de Nueva York. Desde Vigo, Navarra se imaginaba como un lugar plácido y pequeño donde no puede pasar nada importante. Pero las informaciones hablaban de otra cosa. Hablaban de avances desconocidos para la medicina española de los años 80, de aplicación de protocolos novísimos, de curación para casos desesperados... Y eso es lo que era el suyo: un caso sin esperanza. Así que decidieron probar suerte, y una mañana helada de enero un gran amigo de Chano, Rodrigo, que había sido su copiloto en tantas pruebas deportivas, se puso al volante de un coche para llevarse a Dori, a Chano y a Jose al aeropuerto de Peinador para tomar un avión que los dejaría en Bilbao. De allí a Pamplona en el trayecto más triste y más difícil de sus vidas. Atrás quedaba una familia grande cruzando los dedos y una niña pequeña, Sara, que nunca hasta entonces

había visto llorar a sus padres. Tenía cinco años. No entendió muy bien por qué las personas que más quería se marchaban y la dejaban con su abuela Dorita, pero sabía que su hermano estaba malo y que aquella marcha tenía que ver con ello. Y sin que nadie se lo dijera supo que podía ayudar portándose muy bien y cuidando del cachorro de cocker, “Bruno el Jamao” que les habían regalado por Navidad.

DE la llegada al hospital, los Pérez Fontán sólo recuerdan el miedo. La esperanza les daba pequeños pellizcos muy de cuando en cuando, y quizá era eso lo que les permitía aguantar. Se registraron, llegaron los médicos. Empezaron a ver los informes y a hablar entre ellos, mientras Chano y Doris se temían que no pudiesen hacer otra cosa que confirmar la sentencia de muerte que habían dictado sobre su hijo. Fue allí donde escucharon por primera vez el nombre de la enfermedad de Jose: tumor de Wilms. Sonaba horrible, pensaron. Tan ho-

rrible como sus efectos. Y entonces uno de los médicos dijo que en aquel hospital la persona que mejor podía tratar aquel tipo de tumor era el doctor Berián.

—El problema es que Berián está de baja. Tiene una gripe muy fuerte con fiebre alta y lleva un par de días en casa. De todas formas, vamos a llamarlo a ver qué nos dice.

Dori dice ahora que al escuchar que al menos había una persona en el mundo para el cual la enfermedad de su hijo no era un completo misterio sintió como si encendiesen una luz en una habitación que llevaba mucho tiempo a oscuras. Sí, eso era. Como si al hablar del doctor Berián alguien hubiese abierto una ventana para que entrasen el sol y el aire. Porque el no saber nada era como asfixiarse. Y de pronto alguien sabía. Alguien que podía dar respuestas, aunque estuviese de baja y fuera de combate. Cuando uno de aquellos médicos le comunicó que, con fiebre y todo, el doctor Berián estaba de camino para el hospital y que iba a examinar a Jose, Dori tuvo la sensación de que la suerte,

que tan mal les había tratado, tal vez estaba a punto de cambiar.

HASTA hace 40 años, el tumor de Wilms (un tipo de cáncer renal) era una enfermedad prácticamente incurable. Su rareza —hay un caso por cada 250.000 niños— lo convertía en una incógnita para los pocos médicos que se encontraban con un paciente que lo padecía. Pero en el año 1969 se creó en Estados Unidos un grupo de trabajo para estudiarlo al que se unieron distintos especialistas. Sólo unos años más tarde, en la década de los 70, el porcentaje de curación de pacientes de tumor de Wilms rondaba el 90%.

El doctor Berián tenía todos aquellos datos en la cabeza mientras examinaba las pruebas que se habían practicado a José Pérez Fontán. Se encontraba bastante mal, con todo el incordio que traen consigo las gripes comunes, pero a pesar de la fiebre y el cansancio no tuvo la menor duda de lo que tenía aquel chaval gallego. Se volvió hacia sus padres y les dirigió una sonrisa:

—Esto está “chupado”.

Se lo dijo con esas palabras, exagerando un poco, porque chupado, chupado, no estaba. Pero Berián tenía la suficiente experiencia como para saber que aquellas personas necesitaban desesperadamente escuchar algo así, algo contundente, algo que les dejase bien claro que su hijo tenía muchas oportunidades de curarse.

—Está chupado —repitió— pero hay que operar inmediatamente y lo tengo que hacer yo.

El doctor Berián se volvió hacia los otros médicos.

—Ponedme un antibiótico para que se me pase esto y empezamos a trabajar. Ahora hay que ganar tiempo.

EL niño entró en el quirófano dos días después de llegar a la clínica. Las pruebas que hacían falta se practicaron a la velocidad del rayo, y poco antes de empezar la operación se reunieron con el equipo médico: el doctor Berián, que iba a operar a Jose, el doctor Zudaire,

urólogo y miembro de su equipo, y el doctor Sierrasasesúмага, el oncólogo infantil que iba a ocuparse del tratamiento posterior.

—Vamos a aplicar a su hijo una técnica muy novedosa: le daremos radiación intraoperatoria.

Chano suspiró. Si a duras penas había entendido el apellido larguísimo del oncólogo que trataría a su hijo, todo aquello le sonaba a chino.

—Perdonen... ¿qué quiere decir eso?

—Que operaremos a Jose, le quitaremos el tumor, le someteremos a radiación para limpiar bien la zona y luego continuaremos operando. Al reparar en sus gestos de horror, les dirigió una sonrisa —No se asusten, es mucho más sencillo de lo que parece. Ahora intenten estar tranquilos, que aquí creemos que la cosa va a salir bien.

LE explicaron a Jose que estaban a punto de operarle. Se lo tomó con la misma resignación con la que en las últimas semanas se había tomado la disminución de sus fuerzas, las náuseas, la fiebre, la incapacidad para jugar.

Los niños enfermos desarrollan cierto fatalismo, y aceptan su destino muchísimo mejor que los adultos. Pues si tenían que operarle, que le operaran. Lo único que le daba pena, le dijo a su madre, es que tuviese que ser precisamente el día de su cumpleaños... Dori estuvo a punto de echarse a llorar al caer en la cuenta de que su niño iba a entrar en un quirófano para una intervención casi a vida o muerte justo el día en que cumplía 10 años. El 22 de enero de 1986. Se preguntó si aquello sería una especie de señal. Si su José María iba a nacer dos veces, la primera en Vigo, la segunda en Pamplona. Y le dijo al niño que no se preocupase, que ya habría ocasiones de organizar un montón de fiestas en cuanto todo aquello acabase.

Cuando, unas horas después, Jose entró en el quirófano, lo último que vio antes de cerrar los ojos fue una tarta de cumpleaños que alguien había traído para él. Alguien que había querido recordarle que había cosas que celebrar, aunque quizá hubiese que esperar un poco para hacerlo.

La operación fue un éxito total. El tumor, que se encontraba en estadio II, estaba totalmente encapsulado. En cuanto Jose se recuperó de la operación, empezaron con los ciclos de quimioterapia para eliminar cualquier célula maligna, por pequeña que fuese. Los médicos estaban contentos. Chano y Dori, también, aunque no les ocultaron que lo que les esperaba aún era duro. Los tratamientos oncológicos infantiles tienen que ser muy agresivos. Había que tener paciencia, y valor, y esperar a que todo aquello fuese parte de un mal sueño. Y para eso aún tenían que pasar mucho meses y muchas sesiones de quimio.

De aquellos días Dori y Chano intentan recordar sólo las cosas buenas. El cariño y el afecto que se daban unos a otros los padres de todos los pequeños pacientes de cáncer. Las bromas entre los niños, las peleas incluso. Era bonito comprobar que muchas veces aquellos críos paliduchos y calvos incluso olvidaban que estaban enfermos. Corrían por los pasillos con las sillas de ruedas. Se prestaban los juguetes, se ponían

motes. Un día a una enfermera se le cayó una caja llena de termómetros, y la visión de miles de bolas de mercurio por el suelo fue como una fiesta para los niños, que escuchaban gritar a las enfermeras que ni se les ocurriese tocar aquello, que era muy peligroso. Pero a aquellos pequeños supervivientes ya no les daba miedo nada, y las carcajadas retumbaban por las habitaciones de la clínica mientras el personal se afanaba por recoger los restos del naufragio.

De aquella etapa le queda a Jose una aversión por el papel de plata: las bolsas de quimio estaban forradas con ese material, y sus padres recuerdan que durante mucho años, ya curado, no quería que lo empleasen ni para envolver los bocatas de las excursiones del colegio. Porque, como les habían dicho, fue muy duro. La quimioterapia no era ninguna broma, y el pobre Jose se ponía a morir. Un vez, después de una sesión, vomitó veinte veces. Dori lo puede confirmar, porque fue ella quien recogió los vómitos, a pe-

sar de que las auxiliares decían que las dejaran a ellas. Junto con las enfermeras, se desvivían por mimar a Jose y a la familia. El niño se hizo especialmente amigo de Natividad Iribarren, que en ese momento estaba embarazada. El primer día que entró en su habitación, Jose la frió a preguntas: “¿Esperas un niño o una niña? ¿Y cuándo va a nacer? ¿Cómo se va a llamar? ¿Tienes más hijos?”, hasta que Natividad le soltó, muerta de risa: “haces tantas preguntas que voy a llamarte José María el Cotilla”. Era muy pequeño pero se daba cuenta de que allí había muchas personas que hacían lo posible por hacer más llevadero su tratamiento. Las enfermeras entraban sonriendo en la habitación. Los médicos le gastaban bromas. La supervisora general de la clínica, Conchita, que también era gallega, trabó con toda la familia una amistad sincera que se prolongó en el tiempo. Ella fue un apoyo especial en los peores momentos, cuando unos padres necesitan que alguien les diga que todo va a ir bien, que hay motivos para animarse, para esperar lo mejor.

LOS compañeros de Jose le enviaban cartas. Cartas con dibujos, con frases bonitas. Cartas con deseos de recuperación. A Jose le encantaba recibir aquellas cartas, pero cuando las leía se echaba a llorar. Echaba de menos su casa, echaba de menos su día a día. Sus amigos. Su colegio. Y aquellas cartas le recordaban que estaba enfermo y en un hospital a muchos kilómetros de su vida anterior. Por eso, cuando el doctor Sierra – por fortuna, habían encontrado una forma de acortar aquel apellido largo y complicado, Sierrasasesúmaga– le dijo que podía pasar unos días en Vigo le dieron ganas de salir bailando.

—No tiene porqué estar aquí entre una sesión de quimio y otra. Váyanse a casa y vuelvan a su vida en la medida de lo posible.

Chano y Dori miraron al médico con cierto recelo. Se morían de ganas de regresar, de pasar unas jornadas en su hogar, de ver a Sara y al resto de la familia, de dormir en su propia cama. Ganas de ver el mar, de dar una vuelta por la playa, de cenar con los amigos. Pero les daba miedo. ¿Y si Jose se ponía peor?

—Eso no va a pasar. Está respondiendo bien al tratamiento. No le dejaríamos marchar si no fuese así. Jose se está recuperando.

—Y puedo... ¿puedo ir al colegio?

—Sí. Es más, debes ir. Seguro que te cansas, quizá no puedas hacer la jornada de clase completa. No importa. Lo fundamental es que te vayas reincorporando poco a poco. Así que ya sabes: a Vigo. Y dentro de tres semanas te quiero aquí otra vez, con buen ánimo.

SARA dice que la alegría que sintió al ver regresar a sus padres y a Jose se mezcló con la impresión que le causó ver a su hermano tan desmejorado. Estaba mucho más delgado que cuando se fue, y se cansaba por todo... y ella, que estaba deseando volver a jugar con él, tuvo que aceptar que Jose no estaba como para correr con ella por la casa. Una mañana, Sara entró en la habitación de su hermano cuando estaba durmiendo y le pareció más pequeño y más frágil que nunca. Entonces se dio cuenta de que tenía

los labios de color lila. Y se dijo que sólo había una cosa en el mundo que le importaba de verdad: que Jose volviese a ser el niño revoltoso al que ella adoraba.

Y empezó otra etapa en la vida de la familia. Una etapa en la que los Pérez Fontán alternaban una existencia casi normal en Vigo con las duras sesiones de quimioterapia que tenía que afrontar Jose en Pamplona. Cuando llegaban de la Clínica, los amigos y la familia les esperaban con los brazos cargados de afecto, como si quisieran compensar un poco aquella lejanía impuesta por la enfermedad. Y, por difícil que fuese —la cabeza calva de Jose, su debilidad, las profundas ojeras que se le dibujaban debajo de los ojos para recordarle que estaba enfermo— habían decidido pasar cada día con la ilusión de la normalidad. Lo último que deseaban Chano y Dori era que la suya se convirtiese en una casa triste. Por eso aquellos días de libertad eran días sencillos, hechos de conversaciones familiares, de paseos por el puerto, de meriendas con los amigos, de luz y olor a mar. Todas aquellas cosas

que no tenían cuando regresaban a Pamplona, aunque allí hubiese otras. Aunque allí estuviese, precisamente, la clave de la completa curación de José María.

A MEDIDA que avanzaba el tratamiento, Jose llegó a coger un poco de rabia a la Clínica: se encontraba mucho mejor, y en cuanto entraba por la puerta y empezaban a ponerle en las venas aquellas dichas bolsas envueltas en papel de aluminio, se quedaba hecho un asco durante varias jornadas. Un día se lo preguntó a su madre, “mamá, por qué venimos aquí, si me encuentro muy bien y en cuanto llego el hospital me pongo malo”. Dori miró a su hijo, que no tenía pelo, y estaba delgado y pálido, y al que se le ponían los ojos tristes sólo de pensar en lo que se avecinaba: la quimio, los vómitos, los mareos. Lo abrazó muy fuerte y le dijo que aguantase un poco más, que ya faltaba poco.

Y era verdad: cada vez faltaba menos.

DE todas las cosas que Jose añoraba había una que echaba de menos por encima de todas las otras: volver a conducir en las carreras de karts. No había vuelto a hacerlo desde que se pusiera enfermo, y conducir era lo que más le gustaba del mundo. Por eso, un día que iban a Pamplona a recibir la correspondiente sesión de quimioterapia, su padre hizo una locura: le dejó llevar el coche en el que viajaban ellos y Dori. Visto ahora, desde otra perspectiva, no tiene ni pies ni cabeza permitir que un crío de diez años se pusiese al volante de un coche. Pero aquel día Chano debió decirse que su hijo llevaba encima tantas cosas malas que era justo hacer una burla a las reglas y al sentido común y concederle un capricho. Así que en una recta, muy cerca ya de Pamplona, dejó que su hijo se sentase entre sus piernas y condujese. Jose llevaba dos minutos disfrutando de la experiencia más emocionante de los últimos meses cuando se cruzaron con un coche de la Guardia Civil.

El land rover dio la vuelta y uno de los agentes les hizo una señal para que parasen. Sin que

nadie tuviese que decírselo, Jose se escurrió como una anguila y se sentó, muy formalito, en el asiento de atrás.

—¿Hay... hay algún problema, agente?—
Chano tragó saliva.

El guardia civil miró dentro del coche. Lo que vio fue una pareja de treinta y tantos años y un niño pelón, flaquito y escuchimizado. Un niño enfermo que lo observaba con los ojos enormes desde el asiento de atrás. Sacudió la cabeza.

—Eh... no, no, he debido equivocarme... es que me pareció... pero no, qué tontería, si no puede ser... Sigán con cuidado, creo que iban un poco rápido. Que tengan buen viaje.

EL día que acabaron con las sesiones de quimio, nadie de los Pérez Fontán se lo podía creer. Habían sido tantos meses de pasarlo mal que parecía increíble que aquello se hubiese terminado. Ahora se avecinaban las revisiones, claro, y el manojo de nervios cada vez que Jose se hacía pruebas y hasta que los médicos corro-

boraban lo que ellos intuían: que todo iba bien. El verano fue estupendo, y Sara pudo volver a jugar con su hermano, a bañarse con él en la piscina, a salir en bicicleta al atardecer. Desde que las noticias empezaron a ser cada vez mejores, los Pérez Fontán organizaban los viajes a Pamplona como unas pequeñas vacaciones: iba toda la familia, también Sara, y al regreso de la revisión celebraban las buenas noticias aprovechando para conocer lugares cercanos, hacer excursiones, quedarse en un hotel bonito, comer en algún restaurante del que les habían hablado. Era una forma de quitar dramatismo a aquellas visitas, que acabaron teniendo un peso de escapada familiar mucho más que de visita médica.

DORI y Chano dicen no recordar el día que Jose recibió el alta definitiva. Jose tampoco lo recuerda. Estaba a punto de cumplir quince años, y era un adolescente reflexivo y formal que tenía ya muy poco del niño travie-

so que había entrado por la clínica haciendo preguntas a las enfermeras. Era consciente de lo que había pasado, pero su enfermedad superada tampoco lo hacía sentirse diferente. Quizá porque no quería. Había pasado buena parte de la niñez siendo, bien a su pesar, un niño distinto. Ahora tocaba ser normal, como los otros. A pesar de que en un principio los médicos habían advertido de que podían quedarle algunas secuelas más importantes, el único recuerdo de la enfermedad que arrastra Jose es una escoliosis en la columna. No, desde luego no iba a ser delantero centro de ningún equipo de primera división. Como el 99,9999% de los chicos de su edad. Así que el día que le dijeron que estaba completamente curado y que no iba a tener que volver por Pamplona, sólo lamentó— igual que su madre— que también se hubieran acabado aquellos viajes tan divertidos para hacer excursiones. No le importaba renunciar a nada más. Porque, a pesar del cariño que guardaba al personal, a pesar de los muchos mimos recibidos y toda la gente estupenda que había cono-

cido allí, Jose estaba deseando poner tierra de por medio entre él y la Clínica.

—¿Vendrás a vernos alguna vez?— Le preguntó una enfermera, y él dijo que no, que ni de broma. Que las quería mucho a todas, pero que no pensaba volver por allí ni de visita.

Y así hubiera debido ser. Pero el destino es caprichoso y juega las cartas a su manera...

Y LA vida siguió en la casa de los Pérez Fontán. Hubo muchísimas cosas buenas y algunas cosas menos buenas, como ocurre en todas las familias. Jose y Sara se hicieron mayores. Jose empezó a estudiar Gestión y Derecho de la Empresa en Madrid. Sara hizo la carrera de violín en el conservatorio de Vigo, así que la casa llena de luz se llenó también de música... que competía con otro ruido inesperado: el del llanto de un bebé.

Porque Dori ya había cumplido los 40 años cuando supo que estaba embarazada por tercera vez. El día que se lo dijeron no daba crédito.

Tanto ella como Chano habían tirado la toalla con respecto a ser familia numerosa. Sara y Jose ya eran mayores... lo último que esperaban era volver a empezar otra vez con el ritual de noches en vela, pañales sucios y biberones a horas intempestivas. Pero, a pesar de todo, la noticia les hizo felices. Un niño siempre es bienvenido, se repitieron, aunque llegue cuando uno menos lo imagina. Como casi todas las cosas importantes en la vida.

Dori tuvo un embarazo espantoso. Los médicos le hablaban de riesgos serios, para ella y para el niño. Pero ni Dori ni Chano tuvieron nunca la menor duda acerca de seguir hasta el final. Alguien dijo a Dori: “¿Has pensado que puedes dar a luz a un niño enfermo?”, y ella contestó: “Ya tuve un niño enfermo, y no lo quise menos que cuando estaba sano”. Por suerte, y a pesar de los horribles primeros meses de gestación (treinta y seis semanas de reposo absoluto, ahí es nada) Enrique nació sin ningún problema. Cuando lo vio, pequeñito y rosado, llorando a pleno pulmón, Dori y Chano pensaron una vez más que

uno nunca puede descartar que el futuro venga cargado sorpresas.

En este caso, de una sorpresa maravillosa que pesaba tres kilos, era morenito e iba a convertirse en el mejor juguete de toda la familia Pérez Fontán.

ENRIQUE creció. José María y Sara se hicieron mayores. Sara amplió sus estudios en Birmingham y se trasladó a Barcelona. José María obtuvo su licenciatura y regresó a Vigo para trabajar en el negocio familiar. En 2004 se casó con su novia, Elena. Fue una boda preciosa, alegre, llena de brindis cargados de buenos deseos. La familia seguía creciendo. Porque, además, Elena y Jose prepararon su casa en un edificio tan cercano que los encuentros de todos podían multiplicarse sin problema.

ALGUIEN dijo una vez que los días mejores no dejan huella. Que las cosas buenas pa-

san sin hacer ruido, o al menos sin hacer demasiado. Son los problemas los que marcan el calendario. Es el dolor el que provoca un estruendo. Y por eso aquellos años pasaron tranquilamente, sin sobresaltos. Hasta que un día, hace ahora dos años, la vida volvió a ponerse del revés para todos.

Dori tiene la fecha marcada, el 22 de agosto de 2012. Estaban pasando unos días en la casa que tienen en el campo, en Gondomar, entre esos árboles centenarios y las hortensias azules de las fincas gallegas. Dori bajaba la escalera cuando dio un traspiés absurdo y se cayó. La piedad se le dobló, escuchó un ruido raro y enseguida sintió un dolor espantoso. Un dolor del que sólo entiende aquel que alguna vez haya sufrido un problema serio en algún hueso, porque es un dolor que no se parece a nada.

Estaba con Enrique y con Irene, la asistente que llevaba ya unos años echándole una mano en las tareas de la casa. Fueron ellos quienes la atendieron en el primer momento, y enseguida se dieron cuenta de que aquello era más que

un simple porrazo: el tobillo estaba claramente torcido. Enrique la cogió en brazos para dejarla en el sillón y llamó a una ambulancia. Al poco tiempo los médicos confirmaron que el pie no tenía buena pinta y se llevaron a la pobre Dori a urgencias, casi llorando de dolor.

Cosas que pasan, le dijeron los médicos. Hubo que operar de urgencia, y Dori volvió a casa con una escayola en el tobillo y maldiciendo su suerte. En mala hora había colocado así el pie para bajar la dichosa escalera. Tenía por delante seis semanas de reposo. Ella, que detesta estar sin hacer nada, que está acostumbrada a entrar y salir, condenada a la inmovilidad y al descanso por prescripción facultativa...

Un par de semanas después de aquella condena, empezó a encontrarse mal. Se le hinchaba un ojo, tenía náuseas. Su cuñada, Loly, que trabaja como técnico de laboratorio, dijo que aquello no era normal. Hablaban de alguna alergia, de una reacción... le recetaron un antihistamínico y le recomendaron paciencia. Pero Loly insistía en que aquella hinchazón no le gustaba. Y se

empeñó en llamar a una ambulancia para ir a urgencias.

Entraron a las cuatro de la tarde y empezó una batería de pruebas que empezaron a dar mala espina a Dori. Y además, para qué iba a negarlo, se encontraba fatal. A las cuatro de la madrugada, doce horas después, sentada en urgencias, agotada, esperando un nuevo análisis o una nueva placa, una médico se acercó a ella y sin más circunloquios ni un gramo de delicadeza le dio la noticia como quien arroja por la ventana un cubo de agua sucia.

—Lo siento, pero tiene usted un cáncer de pulmón muy avanzado.

DORI se ha preguntado muchas veces cómo aquella médico— a la que se ha vuelto a cruzar por la calle— puede pertenecer a la misma especie que tantos y tantos profesionales de la medicina como ha conocido en estos años en muchos hospitales distintos, privados y públicos. Personas afectuosas, personas em-

páticas, personas que respetan al paciente, que intentan evitarle cualquier tipo de dolor, en el cuerpo o en el alma. Pero aquella mujer le había dado a bocajarro la más terrible de las noticias. Dori sabía que era la excepción y no la regla. Que, en su mayoría, los profesionales intentan tratar a los pacientes más graves con una dosis extra de delicadeza. Por lo visto, aquella doctora era la rara avis. Y le había tocado a ella, que ya era mala pata. Anda que menuda temporada llevaba.

VOLVIERON a casa. El siguiente día fue terrible para todos. Uno a uno, los Pérez Fontán se fueron enterando de la noticia. Chano llamó a Sara a Barcelona para decirle, llorando, que su madre tenía cáncer. Para Dori, lo más duro fue contarle lo que pasaba a su hijo pequeño. Enrique tenía que ir al colegio aquel día, y su madre no le permitió quedarse en casa: aunque en aquel momento lo único que el chiquillo quería era llorar hasta hartarse, Dori sabía que eso era

lo último que necesitaba. Le haría bien escuchar a los profesores, hablar con sus compañeros, contarles a sus amigos lo que le pasaba. Además, ella no estaba para consolar a nadie, aunque parecía que los demás no se daban cuenta. Uno detrás de otro se desmoronaban en su presencia. Chano estaba deshecho. Loly, su cuñada, lloraba sin consuelo. Su otra cuñada, Puri, lo mismo. Jose y Elena intentaban aguantar el tipo, pero sin mucho éxito. Hasta que Dori se cansó y les pegó cuatro gritos a todos.

—Oye, ya está bien ¿eh? Que la enferma soy yo. Y para que lo sepáis, esto no va a poder conmigo. Le voy a dar mucho trabajo a este cáncer, ya lo sabéis.

Aquellas palabras dieron a todos unas gotas de optimismo. A pesar de su debilidad, de su cara hinchada, de aquella escayola, de su cansancio, Dori era la más entera de todos. Loly tomó aire y la miró.

—Una cosa te voy a decir: aquí estoy yo. Estoy para lo que quieras, para lo que necesites. Me puedes usar como se usa a un trapo. Si quie-

res gritarme, me gritas, y se te quieres enfadar, te enfadas. Como un trapo Dori, así te lo digo.

Dori miró a su cuñada. Loly había tenido su particular cita con el dolor sólo unos meses antes, tras morir su marido, que era aún un hombre joven con mucha vida por delante. Pero ahora parecía haberse olvidado de sí misma y allí estaba, menuda, empequeñecida por la tristeza, ofreciéndose para todo. La cogió de las manos.

—Qué trapo ni trapo. Si me voy a curar, ya lo verás.

HUBO alguien más que lloró mucho aquel día. Irene, la asistente. Dominicana de origen, llevaba ya diez años con los Pérez Fontán y le había dado tiempo a quererlos a todos, pero Dori era para ella una mujer especial. La había ayudado mucho en aquel tiempo. Tanto, que Irene consideraba a Dori como parte de su propia familia. Cuando supo que estaba tan enferma se sintió morir de pena. Lloró en la cocina para que no la viera. No quería angustiarla más. Aquella

tarde, cuando volvió a su propia casa, llovía a mares sobre Vigo. Irene estaba tan hundida en su tristeza que ni siquiera se acordó de abrir el paraguas y llegó a su casa empapada. Al día siguiente dijo a Dori que quería hablar con ella:

—Mire, que estuve pensando una cosa... de lo suyo...

—¿Y qué pensó?

—Pues que si lo que tiene es de pulmón... que eso se puede trasplantar ¿no?

Dori no entendía a dónde quería llegar Irene, que la miraba con sus plácidos ojos negros y una mueca rara donde siempre estaba su sonrisa. Irene tenía una sonrisa preciosa, pero hoy no parecía ser un día para lucirla.

—Así que, si se puede trasplantar, yo le doy un pulmón mío. Ya sé que se puede vivir perfectamente con un pulmón solo y yo estoy sanísima, así que hable usted con los médicos y cuando ellos digan...

Dori abrió la boca sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando. Irene, su Irene, que había llegado de muy lejos y se había hecho

un sitio en su casa y en la vida de todos, estaba ofreciéndole uno de sus órganos como quien se ofrece para bajar a comprar el pan... No tardó ni un segundo en darle un abrazo como los que les daba a sus hijos.

—Querida Irene... que buena es usted... mire que es buena, pero buena de verdad...

—Que no, señora, que yo lo que quiero es que usted se cure pronto.

—Pues me voy a curar. Me van a arreglar mis pulmones, ya lo verá. Gracias, pero me temo que los suyos no iban a servirme.

—Es que yo la quiero ayudar.

Dori le acarició la cara.

—Ya me ayuda, Irene. ¿Usted cree que no me ayuda comprobar que me quiere tanto? Eso es lo que yo necesito ahora. Saber que me quieren mucho. Tanto como... como para darme un pulmón.

LOS médicos de Vigo dijeron a Dori que en su caso poca cosa había que hacer. Cuidados

paliativos para neutralizar el sufrimiento, tal vez algo para alargar un poco más el poco tiempo que le quedaba. Y recordaron aquella vez, veinte años atrás, cuando también les habían dicho que no había nada que hacer con Jose. Y sin embargo, ahí estaba, con su enfermedad como un recuerdo vago.

—Nos vamos a Navarra— dijo Chano— nos vamos hoy mismo.

Era jueves. Si salían en aquel momento, el viernes a primera hora estarían haciéndose las primeras pruebas en la Clínica. Pero, para sorpresa de todos, Dori se negó.

—No, Chano. Yo no me voy ahora.

—Pero...

—Dame un par de días. Dame el fin de semana. Necesito organizar mis cosas. No quiero irme así, de la noche a la mañana. Dos días. El domingo salimos, te lo prometo.

Chano no supo decirle que no, aunque de buena gana la habría llevado en volandas hasta el coche. Pero a Dori le hacían falta esos dos días de supuesta normalidad. Casi un fin de semana

completo para dar instrucciones en casa, dejar todo en su sitio y, sobre todo, hablar con su gente. Con sus amigas. Quedó con todas, y cuando la vieron llegar en una silla de ruedas – la escayola seguía ahí, y su extrema debilidad le impedía usar las muletas – entendieron que algo terrible había pasado. Dori les contó todo, intentando pasar de puntillas por los peores detalles. No les dijo que los médicos prácticamente le habían entregado su certificado de defunción. Les dijo que lo que tenía era complicado, y que se marchaba a Navarra para curarse.

Para curarse.

Porque Dori se negaba a pensar en algo distinto: iba a ponerse bien, y se lo repetía a su marido, a sus hijos, a su nuera, a las amigas – en especial a Begoña y Yolanda, que habían empujado su silla de ruedas por las calles de Vigo cuando se empeñó en tomar una caña de cerveza, como si no pasara nada – a su cuñada, a Irene, a sus sobrinos. Y a su madre. A su madre, de noventa y ocho años, que se llama como ella y vive en la casa desde hace mucho tiempo.

A ella también le dijo que se iba unos días porque tenían que hacerle un par de retoques, así, sin mucha más explicación, como si lo que estaba a punto de empezar fuese cosa de un capricho.

Como si en vez de marcharse de Vigo para librar una batalla contra la muerte se fuese a quitar las arrugas del contorno de ojos. “Vuelvo en unos días” les dijo a todos, “portaos bien”.

EN Vigo, los días de sol el mar es muy azul. Pero no de un azul cualquiera. Es de un azul intenso, tanto que a veces hasta duele mirarlo. Cuando está en calma, lo cual sucede más a menudo de lo que la gente cree, la ría recuerda a un lago inmenso y limpio, salpicado de esas bateas cuajadas de mejillones que desde lejos parecen balsas inmóviles.

Cuando Dori vio la ría desde el coche intentó convencerse de que no era la última vez que admiraba aquel paisaje azul y verde, con los bosques cercanos reflejándose en el agua mansa. Se preguntó si Chano, que llevaba el volante con

la antigua firmeza del piloto experimentado, estaría pensando lo mismo: que a lo mejor para Dori aquel era un viaje sin regreso.

Pero Chano no pensaba en nada, sólo en acelerar la llegada a la que iba a ser la última oportunidad de su mujer. Por eso iba bastante más deprisa de lo aconsejable. De no haber estado tan inquieto y tan triste, quizá habría sentido un sorbo de placer al enfrentarse a la velocidad. Le gustaba correr, pero en aquel momento no estaba en condiciones de disfrutar de aquella pequeña aventura. Le daba igual el paisaje, el estado de la carretera, la calidad del coche. Lo único que de verdad quería era llegar cuanto antes. Chano tenía la sensación de que estaba justificado saltarse todas las normas del código de circulación, incluso las reglas de buena conducta, porque estaba convencido de que cada segundo que fuese capaz de arrancar a la carretera era un segundo que le regalaba a Doris. El coche tragaba kilómetros y ellos apenas hablaban, Doris porque no podía, Chano porque no se atrevía, tal vez para no distraerse de la conducción teme-

raria, tal vez porque no era capaz de decir en voz alta que todo iba a salir bien, que era lo único que podía decir en ese momento. Y pisaba el acelerador diciéndose que era importante acortar el camino en lo posible. Ganar media hora. Un puñado de minutos. Poner tierra por medio entre el mar y lo que creía que era la última esperanza para todos. Vigo había quedado muy atrás. Doris cerró los ojos y cayó en un sueño irregular e inquieto. Ya falta menos, le susurró Chano, aunque su mujer ya no podía escucharle.

EN Pamplona les esperaba Sara. Había comprado un billete desde Barcelona sin preguntar a nadie. Desde que su padre la llamara para darle la peor de las noticias se había quedado conmocionada, y a pesar del dolor, a pesar del miedo, ni siquiera era capaz de llorar. De pronto, lo único que quería era ver a su madre. Cuando la vio llegar al hospital, vio que llevaba un vestido lila, y la memoria, que hace cosas muy extrañas, la arrojó de bruces al recuerdo de los la-

bios de su hermano en los peores momentos de la enfermedad. Y entonces fue cuando Sara lloró.

EL síndrome de vena cava superior es la mayor urgencia que puede tener un hematólogo. La masa tumoral cierra la vena cava, y eso dificulta la llegada de sangre al corazón, que late en vacío. El doctor Fernández del Carril, un residente de segundo año que estaba aquella noche en urgencias, sabía por experiencia que el paciente que llega en ese estado se encuentra al borde de sus fuerzas. Cuando le dijeron que la mujer que lo padecía llegaba después de haber hecho en coche el trayecto entre Navarra y Vigo, se dijo que aquella iba a ser una guardia complicada. Y no sólo por aquella paciente pálida y ojerosa que le esperaba tendida en la camilla: también por su marido, casi más pálido que ella, que le miraba como esperando respuestas. Como esperando un milagro, pensó. En el fondo, cuando las cosas se ponen tan difíciles todo el mundo espera eso.

Le habían dado el historial de aquella señora, Doris. Los médicos gallegos que la atendían hablaban de una masa en el mediastino que parecía la prueba definitiva de un cáncer de pulmón muy avanzado. Alberto Fernández del Carril frunció el ceño: si tenían razón, la cosa no pintaba bien.

Pero podían equivocarse, se dijo. Los médicos nos equivocamos, se repitió. Y cruzó los dedos para que aquella vez alguien hubiese errado en un diagnóstico contra el que, de ser certero, no había mucho que hacer.

Volvió a leer el informe y empezó a examinar a Doris. Se dio cuenta de que el marido y la hija tenían clavados los ojos en cada gesto suyo. Normal, se dijo. ¿Qué estarían pensando de él? Seguramente se estaban diciendo que no era un médico veterano. Siempre había tenido ese problema, parecía más joven de lo que era en realidad. Y, aunque era un poco injusto, la mayoría de la gente mide la pericia de un doctor por el número de arrugas que hay en su rostro. Era lógico que aquel hombre aterrado se preguntase si un chico que podría ser su hijo era

capaz de evaluar correctamente lo que le estaba pasando a su mujer. Que incluso tuviese ganas de pedir a gritos un médico mayor, un médico con experiencia, un médico que llevase, qué se yo, veinte, treinta años ejerciendo. Le había pasado otras veces. De buena gana se habría sentado con aquel hombre para decirle que llevaba años practicando la medicina, que en ese tiempo había visto miles de historias clínicas, evaluado a centenares de pacientes, estudiado infinidad de casos. Pero no había tiempo para eso. Al menos, no de momento. Sabía que la tranquilidad de aquel hombre llegaría poco a poco. Que él mismo se daría cuenta de que estaba en condiciones de atender perfectamente a su esposa. Ahora la mujer parecía medio adormilada. Se dijo que tenía que estar pasándolo muy mal, y deseó —como con cada paciente— tener una fórmula mágica para aliviar al instante su sufrimiento.

Por desgracia, las cosas no eran tan sencillas.

—Eh... doctor... esto... perdone, he olvidado su...

—Fernández del Carril— estaba tan concentrado en la evaluación que ni siquiera le miró para responder. Una idea se le acababa de pasar por la cabeza. Y sí... Pero no era el momento de decir nada. Sabía de la crueldad de crear falsas esperanzas en los pacientes y en sus familias. Era preferible esperar.

Chano estaba agotado, física y mentalmente. La adrenalina que le había ayudado a conducir a toda velocidad y a mantener cierta presencia de ánimo se empezaba a evaporar, y ya sólo quedaba una confusa sensación de soledad y de miedo. Se sintió en la necesidad de decir algo, cualquier cosa, aunque fuese una estupidez.

—¿Lleva... lleva mucho tiempo en el hospital, doctor?

El médico le dedicó una mirada amable.

—Soy residente de segundo año. Mire, señor, volveré a verles dentro de un rato. Hasta entonces intenten descansar...

Y, al advertir la mirada del marido, el doc-

tor se anticipó a cualquier reproche.

—... aunque ya imagino es muy fácil dar esos consejos y muy difícil seguirlos. Enseguida estoy con ustedes.

EL doctor Fernández del Carril miró con atención el escáner de Dori. Sí, ahí estaba lo que él había sospechado. Pero la prudencia le aconsejó permanecer en silencio en espera de una segunda opinión. De todas formas, se dijo que no era justo marcharse sin dar a aquellas personas un pequeño soplo de esperanza.

—Escuchen, tengo que enseñar el escáner al equipo, estudiar con ellos el resto de las pruebas, y luego creo que nos vamos a ver otra vez... Y si nos vemos otra vez, es porque habrá buenas noticias.

Y salió de la habitación apretando el escáner contra el pecho y deseando ardientemente estar en lo cierto. Deseando que su ojo clínico no le hubiese engañado y aquel escáner escondiese una posibilidad para Doris.

EN cualquier caso, ella estaba cada vez peor y apenas podía respirar. Decidieron trasladarla a la UCI. Cuando se la llevaron, Chano pudo notar como se le abría un agujero negro en la mitad del pecho. Conocía perfectamente aquel dolor. Lo había sentido exactamente igual 28 años atrás, cuando los médicos se llevaron a su hijo y el mundo entero había empezado a temblar bajo sus pies. Pero entonces, al menos, Dori estaba a su lado. Ahora tenía a su hija, a Sara. Se abrazaron los dos, en parte para buscar consuelo, en parte para dárselo al otro.

—¿Un linfoma?

Fue Chano quien habló. Doris estaba cada vez más débil, y casi ni se enteró de que el doctor Álvarez había entrado en la habitación, acompañado esta vez del doctor Panizo, el hematólogo que iba a ocuparse de su caso. Ambos doctores habían examinado el escáner y llegado a la misma conclusión: el diagnóstico inicial de un tumor maligno en el pulmón era erróneo.

—En efecto, señor Fontán. Un linfoma.

—Pero.... no entiendo nada... entonces ¿cómo es posible que los otros médicos dijese que era un cáncer?

—Porque vieron la masa en el mediastino, y con el historial de fumadora de su esposa era lógico pensar en un cáncer de pulmón. Pero no van por ahí los tiros. Lo que tiene Doris es un linfoma difuso de células grandes.

—Y eso es mejor que el cáncer de pulmón— aventuró Sara, con un hilo de voz

El doctor Panizo sonrió. Se estaba esperando la pregunta.

—Pues en cierto modo sí... La mala noticia es que el linfoma de Dori es muy agresivo y está muy avanzado...

La mala. Si un médico habla de una noticia mala es que luego te van a dar una buena...

—La buena es que, a pesar de todo, podemos tratarla.— el doctor Panizo contuvo con un gesto el entusiasmo de Chano: no era el momento de echar las campanas al vuelo— Tienen que prestarme atención, porque es muy importante que

sepan lo que va a pasar ahora: empezaremos con quimioterapia. Una quimioterapia agresiva, porque otra cosa no daría resultado. Y luego haremos un autotrasplante de células madre. No les voy a engañar, Doris está muy mal y no tenemos mucho tiempo. Y el tratamiento es durísimo.— hizo una pausa— Tan duro, que existe la posibilidad de que no lo resista. Tienen que saberlo y estar seguros de que quieren ir adelante.

Fue entonces cuando Chano se dio cuenta de que Dori estaba casi ausente. Debilitada hasta el extremo, era incapaz de seguir la conversación. No, no se encontraba en condiciones de decidir nada. Pensó lo bueno que habría sido poder escuchar juntos al médico, seguramente cogidos de la mano, plantar cara al diagnóstico, tomar las decisiones conscientemente. Por desgracia, Dori no podía asimilar toda la información que les estaban dando. Recordó una frase que había escuchado una vez a un médico: “mientras tú esperas, la enfermedad no lo hace”. Y era cierto. Aquella cosa, el linfoma, seguía ahí, destrozando a Dori por dentro, mientras ellos hablaban.

—Haga lo que tenga que hacer.

—¿Está seguro?

Chano dibujó una sonrisa triste.

—No, doctor. Yo ya no estoy seguro de nada. Bueno, sí, de una cosa: de que no quiero que mi mujer se muera. Y de que ustedes son unos médicos excelentes y van a hacer todo lo que esté en su mano para curarla. Hagan lo que crean que es mejor para ella. Dígame dónde tengo que firmar, y adelante.

El papeleo era sencillo. Chano firmó unas cuantas autorizaciones, supuestamente tras leerlas. Pero no había pasado de la primera línea. De cualquier forma, ya no había mucho que perder. Y empezó aquella batalla sin cuartel contra el linfoma donde su gran aliado era la quimioterapia.

Una quimioterapia que, antes de poder utilizar contra la enfermedad toda la artillería, iba a destrozarla a ella. Menuda paradoja.

Pero antes de empezar el combate había que hablar con la familia para dar las buenas noticias: se habían llevado a Dori con una enfer-

medad incurable, y ahora resultaba que había un tratamiento para ella. Chano llamó a sus hermanas para explicárselo y también a sus hijos. Estaban todos juntos cuando recibieron la noticia, y se abrazaron como locos: su madre se iba a curar. Jose fue el primero en decir que aquello había que celebrarlo.

—¿Y qué hacemos?

—Irnos a cenar una hamburguesa.

Y eso fue lo que hicieron. Y todos estuvieron de acuerdo que aquella hamburguesa era la más exquisita que habían comido en todas sus vidas. Porque les sabía a buena suerte, a oportunidades, a esperanza.

LOS primeros días fueron espantosos. Dori se ahogaba, literalmente, porque además no toleraba la mascarilla de oxígeno que era esencial para ayudarla a respirar. Hacía todo lo posible por resistirla, pero al final tenía que apartarla de un manotazo. Como a pesar de todo no había perdido el sentido del humor, bautizó a

aquella mascarilla como “la DarthVader”, y para ella era igual de detestable que aquel personaje malvado de “la guerra de las galaxias”. Sara se enfadaba con su madre y la llamaba caprichosa: aquel artilugio no era una elección, sino algo que necesitaba para mantenerse con vida. Fue una enfermera, Mari Paz, la que consiguió que se acostumbrase a ella. Dori decía que cuando la vio entrar en la habitación, rubia, menuda, con unos enormes ojos azules, le pareció un ángel. Un ángel sonriente, de voz pausada pero firme, que le explicó muy bajito que tenía que hacer lo posible para acostumbrarse a aquel artefacto, y que, si bien era incómodo, le iba a ayudar tanto que las molestias estarían compensadas. Estuvo un rato hablando con ella, en susurros, sin alterarse, y para Dori fue como firmar un acuerdo de paz con el dichoso DarthVader. Aquella noche, por primera vez, durmió bien. Prueba superada. Mari Paz tenía razón, el pobre Darth no era tan malo como parecía.

Mientras Dori luchaba en la UCI con toda aquella carga de quimio, Chano intentaba

consumir las horas del día de la manera menos mala posible. En la época en que José María había estado enfermo, caminar le ayudaba. Volvió a hacerlo. Paseaba todos los días durante varias horas, por los verdes campos de la Universidad de Navarra cercanos a la Clínica. Los jardines estaban muy bonitos. Igual que en primavera, en otoño los árboles cambian de color todos los días, y a pesar de su angustia y su tristeza Chano intentaba aprovechar al máximo el festival de dorados, rojos y ocre, de anaranjados y malvas. Es curioso como, incluso en los peores momentos, el ser humano conserva la capacidad para apreciar las cosas bellas. Y el campus de la universidad estaba precioso. Mientras veía caer suavemente las hojas que formaban sobre el césped un manto crujiente, Chano pensaba que no podía faltar mucho para que Doris pudiese dar con él aquellos paseos.

Pasaba con ella todo el tiempo que le dejaban los médicos. La ayudaba a asearse, a peinarse. Nunca, decía Chano, había pensado que sabría hacer todas aquellas cosas. Ni tampoco

que tendría que hacerlas. Y, sobre todo, no imaginaba que podrían resultarle tan sencillas. Le salían así, con toda la naturalidad del mundo. Es el amor el que de pronto nos enseña lo que necesitamos para ayudar a aquellos a los que queremos. También sus hijos estaban ayudando como podían. Sara seguía con su trabajo en Barcelona, pero se escapaba a Navarra en cuanto podía para acompañar a su madre. En esas ocasiones, padre e hija se turnaban para no dejar a la enferma sola ni siquiera un segundo. Y también hablaban, hablaban mucho. A veces discutían: los padres no siempre están de acuerdo sobre las decisiones que los hijos toman sobre sus propias vidas. Sin embargo, había momentos de entendimiento total entre ellos dos. Por las noches, a Sara le gustaba pasearse por el hospital en silencio. Le fascinaban los misteriosos ruidos de las máquinas, y llegó a grabar algunos con idea de utilizarlos en alguna composición. Nunca lo hizo, pero seguramente pensar en el futuro es la mejor manera de enfrentarse al dolor, a las dudas y al miedo.

EN cuanto a Jose, había tomado sobre sus hombros la responsabilidad de sacar adelante la empresa familiar: “tú vete tranquilo, papá, que yo me encargo de todo”. Y así había sido. Se encargó de la empresa y también de su hermano pequeño, que, dicho sea de paso, jamás le dio un problema. Todo lo contrario: estudiaba mucho y se portaba de maravilla, como si se diese cuenta de que su parte del trato era hacer bien las cosas. Chano se decía que, a pesar de todo, podía considerarse afortunado por tener una familia así.

LA quimio extremadamente agresiva hizo el efecto que esperaba el doctor Panizo: la masa tumoral disminuyó, y gracias a eso el tórax quedó descomprimido y la respiración de Dori se normalizó.

—Dori, tengo una buena noticia... ¿qué le parecería pasar a planta?

Si no hubiese estado conectada a todos aquellos malditos cables, Dori hubiese salido

de la cama en aquel mismo momento. Una habitación normal... una habitación con ventanas, de la que Chano y la familia pudiesen entrar y salir libremente, y sin todas aquellas máquinas...

—Ay, doctor, es como si me dice que me va a llevar a un hotel de cinco estrellas...

Lo cierto es que Dori no pudo disfrutar mucho de su particular hotel de lujo: sólo cuatro días más tarde le dieron el alta.

—Váyanse a casa y vuelvan dentro de tres semanas para la siguiente sesión. Usted está bien, no tiene porqué quedarse aquí. Si hay alguna novedad, nos avisa, pero creo que estos días los puede pasar con los suyos, que ya tendrán ganas de verla ¿no?

LA noticia de que Chano y Dori volvían a casa fue recibida con una explosión de alegría en la casa de los Fontán. En cuanto José María recibió la llamada de su padre para avisar de que llegaban en cuestión de horas, empezaron

las subidas y bajadas por la escalera, los golpeos en las puertas, los gritos alborozados. Como una mañana de reyes, pensaron todos. Y de inmediato la familia entera empezó a preparar la bienvenida.

Irene comprobó que la casa estaba lista para recibir a la mismísima reina de Inglaterra. Todo estaba en su sitio, el suelo relucía como un espejo, los objetos más queridos de Dori se encontraban a mano. Loly, su cuñada, entró en la cocina para preparar un bizcocho de chocolate y una jarra de zumo de naranja. Desde el momento en que supo que Dori estaba enferma sólo tenía en la cabeza hacer cosas, por pequeñas que fueran, que le hiciesen la vida un poco más agradable. Y aquellos días iba a aprovecharlos para eso: para que Dori se sintiese mejor, para que estuviese cómoda, bien atendida, complacida incluso en los menores caprichos. Y mientras su cocina se llenaba de un cálido olor a chocolate derretido, Loly pensó que cuidar bien de su cuñada era un nuevo aliciente para su vida. El jugo de naranja colmaban ya una

enorme jarra de cristal, y Loly se preguntó si no era un poco egoísta al sentirse bien ante la perspectiva de mimar a Dori. Se equivocaba. En el amor demostrado a otros siempre hay una extraordinaria prueba de generosidad. Y además, el amor tiene muchas formas: también la de un pastel de chocolate y un montón de naranjas exprimidas.

FUE un reencuentro feliz entre abrazos, lágrimas y risas. Durante unos días la casa de los Pérez Fontán fue una completa locura, porque todo el mundo quería abrazar a Dori y celebrar las buenas noticias. A ella le supo a gloria aquel regreso. Cosas a las que estaba acostumbrada, como ver el mar, sentarse en su sillón preferido o contemplar la luz cambiante del atardecer desde la ventana de su casa, se convirtieron en un maravilloso privilegio. Junto a ella estaban sus tres niños: Sara, Jose, Enrique, su marido Chano... y su madre. Su madre, que compartía con ella el nombre y el gesto al sonreír. Su ma-

dre, que pasaba de largo de los noventa años, y que, diminuta y frágil, conservaba la fortaleza al abrazarla. Su madre, que se multiplicaba para atenderla y estaba obsesionada con que comiese pan, como si en aquellas hogazas doradas y crujientes que le ofrecía pudiese estar la fórmula mágica para ponerla buena. Era increíble la energía de aquella mujer ya próxima a los cien años, que parecía empeñada en desafiar cualquier estadística de longevidad. Dori pensó que su madre tenía una poderosa razón para seguir viviendo.

Su madre viviría hasta que la supiese completamente curada.

FUERON unos días felices, pero pasaron demasiado rápido y hubo que volver a Pamplona a insistir con las sesiones de quimioterapia. Faltaban aún otras cinco antes del trasplante de médula. Durante una de ellas, en la consulta del doctor Panizo, Dori hizo una pregunta que llevaba mucho tiempo guardando.

—Dígame la verdad, doctor... ¿qué posibilidades tengo?

El médico se echó a reír: hacía semanas que esperaba que Dori le hablase de porcentajes de curación. Pero, por alguna razón, ella esquivaba la pregunta. No quería pensar en el fracaso, ni imaginarse que las cosas pudieran salir mal. Por eso evitaba hablar de posibilidades, de estadísticas. De números que, al fin y al cabo, no eran más que eso: conceptos demasiado concretos. Pero aquel día se decidió a pedirlos.

—Pensé que no me lo ibas a preguntar nunca... Pues, en tu caso, hablamos de un 70%

—¿Sólo? Pues me parece poco...

—¡Dori! Te recuerdo cómo llegaste aquí...

—Nada, nada, es muy poco. Un 70% es riquísimo...

Y se rieron los dos. Dori era conocida en el hospital por su buen humor. Tenía ganas de hacer chistes incluso en los peores momentos. Las enfermeras la adoraban por sus bromas y sus ganas de reírse incluso de cosas que no tenían ninguna gracia. Y lo agradecían. Porque

la convivencia con el dolor, con el sufrimiento, es muy dura. Encontrar un paciente capaz de tomarse a la ligera un tratamiento devastador y un pronóstico reservado era todo un regalo.

No siempre era fácil. Durante la tercera quimio le pusieron un tratamiento para la extracción de células madre. Reaccionó mal y tuvo fiebre durante 11 días. Dori insistía en que no tenía dolor, pero sí un malestar constante y una sensación de agotamiento que la acompañaba a cada hora. Junto a ella, como siempre, Chano, firme como una roca, acariciándole la cabeza cuando las náuseas se hacían más fuertes o susurrándole palabras de ánimo cuando se encontraba especialmente débil.

O compartiendo buenas noticias, como cuando le hicieron el primer PET después de iniciado el tratamiento. El PET es una prueba muy precisa que permite ver la localización exacta de las células tumorales, y sirve para observar de forma muy ajustada la evolución del cáncer. El PET de Dori venía esta vez cargado de buenas noticias: el linfoma estaba remitiendo. Todo

el equipo médico estaba satisfecho: en menos de tres meses, la progresión de la paciente era estupenda.

—Dori, te vas a curar— le dijo el doctor Panizo.

—Ya lo sé.— le dirigió una sonrisa— Lo sé desde el primer día.

PERO aún quedaban pasos muy duros en aquella carrera por la supervivencia. El quinto ciclo de quimioterapia dejó a Dori muy debilitada. Tanto, que el doctor Panizo tomó la decisión de no darle la última sesión pautada para antes del trasplante de células madre de su propia médula.

—Vamos a dejarlo así.— dijo el hematólogo— No quiero arriesgarme con un sexto ciclo que puede hacerle más mal que bien. Que vaya a casa, que descanse, que recupere fuerzas. Y en enero hacemos el autotrasplante.

“Que se vaya a casa” era la frase que mejor podía sonar a Dori. Estaban en vísperas de Navi-

dad, y lo último que quería era pasar más tiempo en la Clínica. Le gustaban tanto aquellas fechas y le traían tan buenos recuerdos... para ella era duro pensar que no iba a poder participar de los preparativos navideños como todos los años. No podría cocinar para un regimiento, como tantas veces, ni organizar cenas para amigos, ni multiplicarse para decorar la casa. Aún así, se empeñó en poner el portal de Belén, con el Niño, San José y la Virgen y la mula y el buey. Las fuerzas no le dejaron hacer mucho más, pero al menos sentía que su contribución al ambiente no era igual a cero.

No fueron unas navidades alegres. Dori se encontraba muy mal. La Nochebuena resultó dura, aunque hizo un esfuerzo supremo para sentarse a la mesa y participar de la cena. Pero se suprimieron todas aquellas salidas con la pandilla, las comidas fuera de casa, los largos paseos... Dori no estaba en condiciones de aguantarlos. Así que, aunque nadie lo dijera en voz alta, el ambiente de aquellas jornadas pascuales en casa de los Fontán no era precisamente el mejor que recordaban.

J OSE y Elena habían pasado con ellos la Nochebuena y la Navidad, pero luego se fueron a Madrid para festejar con la familia de Elena la llegada del año nuevo. A Dori le dio una pena muy grande verles marchar, pero, por supuesto, lo disimuló perfectamente: era justo que su nuera quisiese pasar parte de las fiestas con su familia madrileña, y jamás se le habría ocurrido quejarse. Pero cuando cerraron la puerta después de abrazarlos a los dos, le entraron unas ganas enormes de llorar.

E L tiempo estaba triste: llovía, y sobre todos gravitaba la inminencia de unos días muy duros. Porque someterse a un autotrasplante no es precisamente una fiesta, sino un proceso delicado y lleno de riesgos. El doctor Panizo había sido muy claro: aunque sus perspectivas eran buenas, aunque hasta entonces había respondido satisfactoriamente al tratamiento, lo que iba a ocurrir a partir de que se iniciase el protocolo era una incógnita, pues no se puede

saber cómo reacciona un enfermo hasta que todo está en marcha.

El autotrasplante de células supone un tratamiento de quimioterapia intensísimo que acaba con la enfermedad tumoral, pero respetando la función de la médula ósea de fabricar sangre normalmente. Para ello se extraen células madre del propio paciente, se procesan, se guardan congeladas y se le vuelven a inyectar. Durante el tiempo que dura el proceso, es decir, desde que se produce el trasplante hasta que la médula empieza a fabricar médula sana, el paciente no tiene defensas y está expuesto a las mínimas infecciones, así que tiene que estar completamente aislado. Y en ese tiempo puede pasar cualquier cosa. Incluso que, después de todo, la médula no empiece a producir defensas por su cuenta.

El día 31 por la mañana, mientras empezaba a dar instrucciones para preparar la cena de fin de año, Dori no pudo evitar pensar en que a lo mejor aquella era la última vez que recibía un nuevo año. Ella, que había mantenido el

optimismo durante aquellos meses, que había hecho de la fuerza y el buen ánimo una de sus armas para luchar contra su enfermedad, de pronto no podía apartar de su cabeza aquellos nubarrones. ¿Y si aquellas eran su últimas Navidades? ¿Y si la última vez que daba la bienvenida a un año nuevo no estaba con todos los suyos? Pero no, no quería pensar en eso... pensar cosas malas, se decía, es como llamar a la mala suerte. El 31 cenarían en su casa de la abuela Lola, la madre de Chano, como todos los años, con toda la familia como era costumbre y juntos brindarían por el año nuevo e intentarían pasarlo lo mejor posible.

MADRID estaba precioso, con las luces de la calle, los comercios abiertos a cualquier hora, y un jaleo de gente que iba y venía cargada de paquetes. Se escuchaban villancicos y, entre el olor de las castañas asadas flotaba esa alegría universal y sencilla de los días señalados por las fiestas familiares. Elena había insistido en

dar un paseo en la mañana del 31, con la lejana esperanza de que Jose se contagiase un poco de aquel ambiente optimista que reinaba en los rincones de la ciudad. Llevaba triste desde que salieran de Vigo, y no era algo que pudiera reprocharle. Aunque no decía nada, pasaba el día pensando en su madre, a la que había dejado intentando aparentar alegría, con mal color y la cabeza cubierta por un pañuelo para ocultar que había perdido todo el cabello en aquellas semanas tan duras.

Jose y Elena caminaron juntos durante un rato mirando los escaparates tentadores de las tiendas de alimentación y los adornos navideños que había colocado el ayuntamiento. La calle estaba llena de niños que saltaban de la mano de sus padres y gente cuya prisa delataba que aún quedaban muchas cosas por hacer antes de sentarse a la mesa y recibir el año. Y de pronto Elena se paró en seco y miro a Jose.

—Oye ¿qué estamos haciendo aquí?

Jose se encogió un poco de hombros, como si no hubiese entendido la pregunta. Pero Ele-

na, en vez de explicarse, se cogió de su brazo y echó a andar otra vez.

—Nos vamos.

—¿A dónde?

Siete horas después estaban en Vigo. Jose dice siempre que, pase lo que pase, no olvidará nunca la cara de su madre cuando abrió la puerta y vio ante sí, cansados tras un viaje relámpago, a las dos piezas que le faltaban para completar el puzzle familiar.

Fue una extraña noche de fin de año en la que todos se conjuraron para luchar contra la tristeza de los demás. Dori estaba agotada, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para que no se le notara. Enrique salía por primera vez con sus amigos, y se había puesto un esmoquin. Dori quiso inmortalizar el acontecimiento, y allí estaban, la familia al completo, posando para una foto que en algún momento todos pensaron que podía ser la última foto de unas Navidades todos juntos. Pero nadie dijo nada. Apretaron los dientes y sonrieron a la fuerza, y cuando sonaron las doce campanadas se abrazaron y

se desearon feliz año nuevo. Hay gente que pide un deseo con el brindis. Los Pérez Fontán no lo hicieron. En realidad, lo único que querían aquel 31 de diciembre era una cosa mucho más grande que esos favores de la suerte que todos reclamamos al año nuevo.

UNOS días después salían en dirección a Navarra.

—Esta es la última vez que me voy— les dijo a sus hijos—Os prometo que regresaré completamente curada.

Al llegar a Pamplona, y después de un examen de rutina, los médicos comunicaron a Dori la fecha elegida para el autotrasplante de médula: el 22 de enero. Al escuchar la fecha, el rostro de Dori se iluminó con una sonrisa. El destino estaba mandándole un guiño cómplice, una pequeña señal. De todas las fechas posibles habían escogido precisamente esa...

—No me lo puedo creer...

—¿Por qué dices eso?

—El 22 de enero... Muchas gracias, de verdad.

—¿Por qué?

—Pues porque esa es la fecha en la que operaron a mi hijo Jose. Y es también la fecha de su cumpleaños. Nada que ocurra el 22 de enero puede salir mal. Ahora estoy segura de que esto va a ser un éxito.

El autotrasplante de células se realiza con el objetivo de eliminar todo rastro de la enfermedad contra la que se ha empezado a luchar. Durante las semanas anteriores, se había extraído de la médula de Dori unas células que son las que ayudarán a la médula a empezar a producir de nuevo las defensas necesarias para asegurar la recuperación. Pero ese proceso no es inmediato, y después de la operación y hasta que la médula empieza a funcionar, el paciente tiene que permanecer aislado. Y esa es la fase anímicamente más dura: la del aislamiento. Durante días —nadie podía asegurar cuántos—, Dori tendría que vivir en algo parecido a una burbuja de asepsia. Cualquier microbio podría

ser letal para ella, y lo sabía de sobra. Así que se preparó para resistir en una especie de isla desierta y libre de gérmenes. Su condena acabaría cuando su médula empezase a producir células sanas. Pero nadie sabía lo que podía tardar en producirse ese pequeño milagro.

Las horas eran largas. Intentaba matar el tiempo como podía. Hacía punto, y se confeccionó toda una colección de gorros para proteger su calva. Las enfermeras le gastaban bromas cariñosas cuando la veían con aquellos casquetes de lana de colores.

—Anda, reíos lo que queráis, pero no tenéis ni idea del frío que se pasa cuando no se tiene pelo.

Eso les contestaba Dori, siempre entre risas. Ana Ureña, una enfermera que había estado con ella desde el inicio del tratamiento recordaría siempre el extraordinario buen talante de aquella paciente, que no perdía el sentido del humor ni aún en los peores momentos. Había colocado una radio decorada con florecitas en una esquina de la habitación, una radio alegre

que ponía una nota de color en aquel ambiente tan austero, y escuchaba las noticias cada mañana, prestando atención a lo que ocurría en el mundo, fuera de aquella cápsula que la mantenía a salvo hasta que su cuerpo aprendiese a defenderse solo. Todo el mundo hacía lo que podía para que se sintiese bien, y ella lo agradecía: cuando uno está enfermo, las muestras de amabilidad, los mimos, pueden ser tan necesarios como las medicinas. Por eso Dori apreciaba los esfuerzos de todos aquellos que sabían que lo suyo también necesitaba de una dosis de buen ánimo. Recordaría siempre a Ana Zafra, una enfermera cuya habilidad profesional era tan grande como su capacidad para la ternura. O a uno de sus médicos, el doctor Nicolás Martínez, que demostraba una particular mano izquierda para tratarla. A él lo bautizó como “Niquiño”, y a él le divertía escuchar su nombre transformado por el acento gallego de Doris.

Un día en el que se encontraba especialmente débil, una enfermera le preguntó si le apetecía alguna cosa que pudiesen traerle.

—Un martini con una aceituna – dijo Dori,

—Pues... un martini no sé si...

A pesar de lo mal que se encontraba, Dori se echó a reír.

—¡Era una broma! ¿Tú te crees que estoy yo para tomar copas?

HABÍA momentos mejores y peores, por supuesto. Las plaquetas que le ponían a diario entraban heladas en su cuerpo y le producían escalofríos terribles. “Me estáis machacando”, les decía a los médicos, sobre todo cuando entraban para darle noticias que no eran buenas: su médula seguía sin reaccionar.

—Hay que esperar, Dori, esto lleva su tiempo.

—¿Cuánto?

—Eso no podemos saberlo...

ESPERAR. Era lo único que podía hacer. Por suerte, a su alrededor, todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para que al

menos se sintiese siempre acompañada. Las madres del colegio de su hijo Enrique le mandaban mensajes de ánimo. Su familia, iconos con caritas sonrientes o manos dando palmas. Yolanda y Begoña, la tenían al día de novedades y cotilleos, y le mandaban decenas de mensajes para contarle cosas intrascendentes de la vida en Vigo: “Hace un frío horroroso” “Llueve tanto que parece que vamos a tener que ir en barca” “Estuve en el mercado y la merluza me pareció carísima” “Han abierto una cafetería nueva, tenemos que ir en cuanto vengas”. Todos aquellos mensajes, a los que a veces no podía ni contestar de lo cansada que estaba, eran como un hilo que la hacía permanecer unida a su vida de siempre, a los paseos por la zona vieja de Vigo, a los días de mar revuelto, a tomar un café mañanero... todas esas cosas sin importancia en las que nunca reparamos, pero que tanto añoramos cuando se nos priva de ellas. Un día que estaba especialmente desanimada, el teléfono vibró y se encontró con un mensaje de su amiga Yolanda. Eran unos versos de santa

Teresa de Jesús: “Nada te turbe / nada te espante
/ todo se pasa / Dios no se muda / La paciencia
/ todo lo alcanza. / Quien a Dios tiene / nada le
falta. / Sólo Dios basta.”

Fue como una revelación. Dori, aunque es creyente, no se considera especialmente religiosa. Pero aquellos versos de la santa de Ávila le trajeron una paz desconocida. Los aprendió de memoria y los repetía para sí en los momentos más duros. “Nada te espante, todo se pasa”.

Y aquello también iba a pasar.

UNA mañana Dori se había despertado de mal humor. La noche había sido mala, y recibió a los médicos con el ceño fruncido y la frase que ya había dicho otras veces.

—Me estáis machacando...

Paula, la doctora, la miró de una forma distinta, y Dori sintió cómo se le aceleraba el corazón.

—Dori, sé un poco más simpática o no te cuento las buenas noticias.

—¡Paula!

—¡La médula ha empezado a funcionar!

ERA la frase que llevaba esperando muchos días. A partir de aquel momento, todo comenzó a ir hacia arriba. En cuanto se confirmó que la médula ya producía defensas, la enviaron a una habitación, donde las visitas podían ser mucho más frecuentes. Fue allí donde Enrique la vio en el hospital por primera vez. El chico no había querido ir a la Clínica hasta entonces. Dori no insistió. Sabía que para un adolescente todo aquello era demasiado duro, y Enrique ya estaba haciendo todo perfectamente: se portaba fenomenal en casa e iba muy bien en el colegio. Con eso bastaba. Pero en cuanto la pasaron a planta, dijo a su hijo que ahora sí que necesitaba verlo.

Empezó una época nueva: la época de la recuperación. La época del regreso paulatino a la normalidad. La época de empezar a trazar los planes que hace unas semanas no se ha-

bían atrevido a ni siquiera a imaginar, porque pensar en el futuro era como tentar a la suerte. Y ahora ya se podía. Los médicos estaban contentos. Muy contentos, incluso. Los análisis de Dori mejoraban cada día, y llegó el momento de volver a casa. Por supuesto, tendría que estar pendiente de las revisiones y regresar a Pamplona cada cierto tiempo para comprobar que todo seguía en marcha.

DORI y Chano han vuelto a Vigo, a la casa luminosa que está tan cerca del mar. La familia sigue subiendo y bajando las escaleras a diario, para tomar un café, para pedir un poco de sal que se ha terminado, para comentar una noticia o para hacer una caricia a los dos gatos persas de Dori, que, silenciosos, pasean por el piso buscando los mimos de sus dueños. Ninguno de los Pérez Fontán olvida lo que ha pasado, pero se niegan a vivir recordándolo a cada momento: lo importante es siempre lo que pase mañana, y cada día es una pequeña

victoria, un triunfo sobre el tiempo. No, la vida no es lineal, nos da unas cosas y nos quita otras, y quizá lo que nos hace crecer como personas son esas dificultades que nos salen al camino. Toda la familia lo sabe, y de alguna manera entiende que todo el sufrimiento de aquella época es ahora una parte de la bonanza.

Y cuando se le pregunta a Dori qué planes tiene, ella siempre contesta lo mismo: seguir.

Historia Clínica

Adoración Fontán Álvarez ingresa por Urgencias en la Clínica Universidad de Navarra el 23 de septiembre de 2012.

La paciente llega con el tobillo escayolado por una fractura y, sobre todo, con una disnea muy severa y un síndrome de vena cava superior.

La disnea empeora al poco de ingresar por Urgencias, por lo que la paciente es ingresada en la UCI. Después de numerosas pruebas, los médicos diagnostican un linfoma difuso de células grandes. Comienza el tratamiento con quimioterapia en la propia UCI. Pasa a planta el 1 de octubre y es dada de alta el 5 del mismo mes.

A partir de este momento comienza a recibir cuatro sesiones adicionales de quimioterapia, a razón de una al mes.

El tratamiento concluyó con un trasplante autólogo de médula el 22 de enero de 2013. Desde entonces, todas las revisiones han sido normales.

José María Pérez Fontán, paciente de 10 años de edad, ingresa en la Clínica Universidad de Navarra en enero de 1986 por presentar masa abdominal para realizarse cirugía de resección.

Desde mayo de 1985 viene presentando un cuadro febril (mañana y noche) con elevaciones térmicas de hasta 39'5°, que ceden espontáneamente. Estudiado por diferentes especialistas se sospechó la existencia de una fiebre tifoidea, por lo que se le administraron tratamientos antibióticos adecuados a dicho diagnóstico. Presentó una clara disminución de peso junto con dolor en fosa ilíaca derecha, descartándose mediante diferentes exploraciones la existencia de una apendicitis. Tras quince días de reposo y tratamiento se observó en una nueva analítica la persistencia de una velocidad de

sedimentación elevada, siendo negativos los test serológicos para fiebre tifoidea.

Durante el verano de 1985 mejora su estado general, si bien persiste dolor ocasional en fosa ilíaca derecha y no se le observa una clara recuperación del peso perdido.

A primeros de enero de 1986 en una nueva consulta médica se observa la existencia de una masa abdominal en el lado derecho, que se confirma mediante la realización de una ecografía y un TAC, que demuestra la existencia de una gran masa en riñón derecho.

Con fecha 22 de enero de 1986 se procede a la resección quirúrgica de la masa renal derecha, observándose la existencia de un tumor de Wilms de polo superior de riñón derecho que se encuentra encapsulado, compatible con estadaje T1 - T2. Bajo anestesia general se realiza nefrectomía derecha + linfadenoidectomía, seguida de radioterapia intraoperatoria.

La evolución postoperatoria fue totalmente favorable.

Realizados los estudios de anatomía patológica se confirma el diagnóstico de Tumor de Wilms en estadio localizado sin afectación ganglionar regional localizado y bien diferenciado.

Posteriormente, y durante un periodo de seis meses, recibió tratamiento de quimioterapia complementaria de acuerdo al protocolo del NWTSG vigente ese año y adecuado para su estadio tumoral.

El paciente realizó revisiones, primero semestrales, posteriormente anuales, hasta el año 1991, cuando fue dado de alta.

Sobre la colección

Toda la labor asistencial, docente e investigadora que se lleva a cabo en la **Clínica Universidad de Navarra** se centra en el paciente. Esta colección no pretende ser una recopilación de casos médicos sino un homenaje, a través de sus historias, a las personas que sufren la enfermedad y que, paradójicamente, sacan gracias a ella lo mejor de sí mismas.

Colección Historias de la Clínica

Títulos publicados

- | | | |
|----|---|------|
| 1. | La pierna de Peter Parker
Juan Manuel de Prada | 2007 |
| 2. | El clarinetista agradecido
Soledad Puértolas | 2008 |
| 3. | Noticias de la nieve
Gustavo Martín Garzo | 2009 |
| 4. | La batalla de todos los días
José María Merino | 2010 |
| 5. | Canto a la vida
Mercedes Salisachs | 2011 |
| 6. | Todo suena
Lorenzo Silva | 2012 |
| 7. | Somos Patxi
Fernando Aramburu | 2013 |
| 8. | Los tres cumpleaños de los Pérez Fontán
Marta Rivera de la Cruz | 2014 |



© Luis Saguar

Sobre la autora

Marta Rivera de la Cruz

Marta Rivera de la Cruz (Lugo, 1970) es licenciada en Ciencias de la Información y ha compatibilizado su trabajo como periodista con la creación literaria. Ha ganado los premios de Novela Corta J&B (El refugio, 1996), Ateneo Joven de Sevilla de Novela (Que veinte años no es nada, 1998), Anaya de Literatura Infantil (La primera tarde después de Navidad, 2008) y ha sido finalista del Premio Planeta (En tiempo de prodigios, 2006). Ganadora del Premio de Periodismo Puro Cora (2008), colabora habitualmente en “El País Semanal”, en el programa de radio “La Linterna”, de la Cadena COPE, y en el debate de “La Sexta noche”. Además, ha publicado artículos y reportajes en revistas como Marie Claire, Vogue, AR o Mujer Hoy.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 11 DE
NOVIEMBRE DE 2014, FESTIVIDAD DE SAN MARTÍN
DE TOURS, EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS CASTUERA.
SE COMPUSO EN TIPOS DE LA FAMILIA CAPITOLIUM
NEWS. SE EDITARON 10.000 EJEMPLARES.

“La felicidad no es un estado vital, sino algo que va y viene. Y la vida, muchas veces, proporciona a la dicha treguas crueles que, a pesar de todo, sirven para enseñarnos cosas. Para aprender lecciones, aunque sean muy duras. Para mirar alrededor y pensar, una vez más, que la suerte es mucho más que tener una casa preciosa cerca del mar y una familia alegre que se llama a gritos por la escalera”.



Clínica Universidad de Navarra